

ta principios de 1939, cuando la oleada de exiliados republicanos sobre Francia anuncia el final de la guerra con la victoria incondicional de las tropas franquistas en la contienda.

En esencia, su minucioso repaso prueba reiteradamente que Francia se dividió por la mitad en sus filias y fobias hacia uno u otro de los bandos combatientes españoles, y que esa división reduplicaba y ampliaba la fractura existente ya en el país con ocasión de las elecciones de mayo y junio de 1936 entre partidarios y contrarios a la coalición del Frente Popular vencedora (una alianza gubernamental de socialistas y radicales con apoyo parlamentario comunista). El mero registro de cómo percibieron el inicio de la guerra dos diarios muy diferentes, a la derecha y a la izquierda del espectro político, sirve como ejemplo de esa división temprana y crecientemente agudizada a lo largo de los tres años de hostilidades: «Enfrentados a esta chusma, esta anarquía básica, de acuerdo con la tradición española, el ejército se sublevó para intentar salvar un país moribundo» (*La Victoire*); «Ha sido una revolución liberal la que ha causado la traición del ejército» (*Le Peuple*).

En esas condiciones, la política de No Intervención, con su corolario de neutralidad e inhibición ante las demandas de ayuda del gobierno republicano español, se convirtió en el mínimo denominador común de todas las fuerzas políticas en Francia, cualesquiera que fueran sus más íntimas simpatías o antipatías: las derechas a favor de la insurrección y Franco; las izquierdas a favor del gobierno republicano. Y por eso el gabinete presidido por el socialista Léon Blum descartó sus iniciales tentativas de socorrer con armas a la República española y optó por una línea de acción más afín a su tradición pacifista y más cautelosa dada la coyuntura: «La doble oposición del gobierno británico y del Senado francés y de las derechas galas no habría podido ser superada otra vez por medio de la presión popular» (Pike *dixit*). Como declararía muy pronto el líder de la derecha republicana moderada que habría de presidir luego la catástrofe de junio de 1940, Paul Reynaud, apenas cabía otra solución para evitar una contienda en la propia Francia y un grave deterioro de su posición internacional: «Tomar partido en esta lucha a muerte por una u otra de las dos mitades del pueblo español sería un

gravísimo error para la seguridad de Francia» (*La Dépêche*, 1 de agosto de 1936).

El estudio del profesor Pike recorre con singular perspicacia y detallada morosidad el despliegue de esas actitudes de la prensa francesa y de su opinión pública en ella reflejada durante los casi tres años de guerra. Y termina demostrando sin asomo de dudas razonables dos grandes conclusiones ya muy presentes en la literatura sobre el tema, y no poco armónicas a pesar de su aparente contradicción inicial. Por un lado, que la guerra española fue percibida y vivida por la ciudadanía francesa con una intensidad, con «un interés público sin precedentes», hasta el punto de convertirse en un lugar común y prioritario de las conversaciones, los debates, las lecturas, los compromisos y las preocupaciones de aquella ciudadanía en aquellos años cruciales. Por otro lado, que la guerra española nunca tuvo la fuerza suficiente como para devenir un *casus belli* unánime y poderoso, capaz de modificar una política firmemente arraigada de *éviter l'aventure* y tratar de preservar la paz si ello fuera posible. Como declaraba en grandes titulares un diario al defender la adopción de la política de No Intervención: «¡Seamos neutrales! No es grandioso, pero es seguro». En ese juicio, y en esa opinión pública que lo soportaba y nutría, se escondían las firmes raíces de la actitud francesa ante la contienda española. Fuera cual fuera su efecto sobre uno u otro de los combatientes hispanos.

Enrique Moradiellos

DACIA VIEJO-ROSE

*Reconstructing Spain. Cultural Heritage and Memory after Civil War*

Sussex Academic Press, 2011, 301 pp.

ISBN: 978-1-84519-435-2

Ópera prima de la autora, este libro es una versión de su tesis doctoral presentada en Cambridge en 2009. A pesar de que el título —y el trabajo— se asoman al pasado reciente español y, aunque la existencia del prólogo de Paul Preston haga pensar lo contrario, *Reconstructing Spain* no es exactamente el estudio histórico de una nueva hispanista británica. De ascendencia española y norteamericana, Viejo-Rose participó con la UNESCO

en el proceso de reconstrucción patrimonial de la exYugoslavia, al término de un siglo en el que las innumerables formas adoptadas por la violencia política han dejado abiertos interrogantes acerca de los procesos que suceden a un conflicto, la vías de prolongación de la violencia o de construcción de la reconciliación y los anclajes de las memorias. De esta experiencia nació el objetivo principal de este libro: explorar el papel del patrimonio cultural —*cultural heritage*— en los procesos de reconstrucción postbélica, analizar el potencial del legado patrimonial como herramienta que puede coadyuvar a la continuación del conflicto o a la construcción de la paz en el delicado contexto en el que las sociedades deben reinventarse.

La obra se puede asociar, por tanto, a otros trabajos de investigación que, a través de distintas perspectivas y disciplinas, se han interrogado acerca de la relación entre patrimonio cultural, identidades y memoria en los conflictos contemporáneos, desde la Segunda Guerra Mundial hasta el terrorismo islámico. La autora pretende enriquecer el conocimiento en dicho campo a través de un estudio de caso, eligiendo un objeto especialmente útil para analizar procesos a medio-largo plazo: el de la reconstrucción en España tras la Guerra Civil y, en concreto, en la hipersimbólica localidad de Gernika. El esquema de la investigación es claro: en primer lugar, Viejo-Rose ahonda en cuestiones teóricas fundamentales en torno a las nociones de reconstrucción y de patrimonio cultural, incorporando los planteamientos de autores como Pierre Nora, Johan Galtung y otros. La autora no sólo adopta visiones muy amplias de ambos conceptos (asumiendo como reconstrucción tanto la intervención en el espacio físico como la reescritura de la historia), sino que acuña el afortunado concepto de *heritagescape*, paisaje cultural —abonado de objetos, lugares patrimoniales, percepciones del pasado— donde van a intervenir las políticas de reconstrucción. A partir de aquí, en el libro se incluye como contexto un recorrido por ese paisaje, desde que el patrimonio cultural emergió, en paralelo a la construcción de la idea de nación española en la guerra de la Independencia, hasta la acelerada fabricación de patrimonio simbólico —en forma de mitos, campos de batalla, mártires— que produjo la Guerra Civil. El núcleo central del libro lo va a constituir el análisis de las políticas de recons-

trucción —y la propaganda en torno a ellas— que el estado franquista emprendió en los años 40, deteniéndose en el caso de Gernika. Finalmente la autora explora el papel del legado cultural desde la posguerra hasta nuestros días, dirigiendo especial atención a los años de la transición a la democracia y al período 2000-2008 marcado por la llamada «recuperación de la memoria histórica».

Método, forma y contenido están estrechamente imbricados en la investigación original de Dacia Viejo-Rose. La autora utiliza una amplia variedad de fuentes primarias, destacando el análisis del material iconográfico —fotografías, mapas, noticieros, documentales, monumentos, folletos turísticos, planos arquitectónicos—, el estudio de fuentes archivísticas inexploradas, como la documentación de la Dirección General de Regiones Devastadas e incluso el recurso a la observación participante y a la entrevista no dirigida. La variedad de las fuentes se corresponde con una escritura compleja, articulada en numerosísimos epígrafes y salpicada de cajas temáticas —*boxes*— que, si bien puede provocar en ocasiones una pérdida de rumbo en la lectura, también transmite acertadamente las ideas de superposición e interconexión de los distintos estratos simbólicos que rodearon los proyectos de reconstrucción de la posguerra española.

Tres son, en mi opinión, las principales aportaciones de la obra de Viejo-Rose. En primer lugar, el análisis brillante de las contradicciones de un régimen que propugnó la restauración de la tradición y del pasado glorioso de España, seleccionando únicamente los aspectos de ese pasado que servían a lo que en realidad se estaba emprendiendo: la construcción de un nuevo Estado totalitario, a partir de la división social entre vencedores y vencidos. La supuesta vuelta a lo viejo desvelaba, en realidad, la construcción de algo nuevo. Y esto no sólo quedó plasmado en los estilos arquitectónicos y en los monumentos, sino que atravesó toda la cultura material del período: los artículos de consumo, la publicidad, la arquitectura efímera, el folklore. La reconstrucción no fue —nunca lo es— una restauración de lo que hubo, sino que sirvió como medio para subrayar las posiciones ideológicas del Régimen y para exacerbar la exclusión de los vencidos. Una segunda idea desarrollada en el libro está relacionada con los límites de la

efectividad y las consecuencias de este modelo de reconstrucción a largo plazo: aunque la dictadura consiguió imponerse en el espacio público, esto no impidió el desarrollo de patrimonios y memorias alternativas en el ámbito privado o en el exilio. La exclusión durante décadas, y el llamado Pacto de Silencio durante la Transición, hizo que estas visiones alternativas adquiriesen un fuerte carácter de confrontación —antifranquista y, en el caso de Gernika, también nacionalista, versus Madrid—. La resistencia de esas memorias en el tiempo y su necesidad de expresión pública permiten entender mejor los enconados debates actuales sobre la memoria de la Guerra Civil que giran de nuevo en torno al patrimonio cultural: los monumentos y memoriales, las placas conmemorativas, la arqueología y la arquitectura.

Finalmente, la obra de Viejo-Rose lleva las categorías y conclusiones extraídas del caso español a otros escenarios más actuales, analizando críticamente los supuestos neutrales de la intervención internacional en la reconstrucción de países como Bosnia, Afganistán e Iraq. Alejándose del mero análisis histórico, la autora propone, además, líneas concretas de actuación en las políticas de reconstrucción postbélica que, más allá del lenguaje bienintencionado de los organismos internacionales, favorezcan los procesos de reconciliación y de paz. En definitiva, *Reconstructing Spain* es un libro sugerente, muy documentado y bien escrito, que no sólo ilumina aspectos poco trabajados por los historiadores del franquismo, sino que contribuye a entender las relaciones entre patrimonio cultural, poder y sociedad.

Alicia Quintero Maqua

MARTIN DAVIDSON

*El nazi perfecto. El descubrimiento del secreto de mi abuelo y del modo en que Hitler sedujo a una generación*

Barcelona, Anagrama, 2012, 405 pp.

ISBN: 978-84-339-6338-3

Una de las formas más difíciles de explicar un periodo histórico es hacerlo a través de una historia personal, capaz de describir lo sucedido sa-

biendo ponderar una trayectoria individual con una visión colectiva de todo un pueblo en uno de los momentos más decisivos de su historia. Esa es la propuesta que nos hace Martin Davidson, y el resultado se puede calificar de excelente.

Al igual que ha venido sucediendo en España con el tema de la «memoria histórica», son los nietos los que se enfrentan con más crudeza a las situaciones trágicas que se vivieron hace años. Tanto la generación que participó en dichos momentos como protagonista, o los niños y jóvenes que estuvieron muy cerca de los hechos, optaron por callar y buscar con los años formas de reconciliación, aunque nunca olvidaron (fantasmas del pasado).

La madre del autor había optado por enterrar el pasado y mantener en secreto que su padre (Bruno Langbehn) había militado desde los primeros momentos (su número de carnet era el 36.931) en el partido nazi (NSDAP) y había sido miembro de las *Sturmabteilung* o secciones de asalto (SA) en Berlín, de la *Schutzstaffel* o escuadra de protección nazi (SS) y de la *Sicherheitsdienst* o servicio de seguridad nazi (SD), estando destinado en su oficina central y en los años finales de la Segunda Guerra Mundial en Praga. A ello había que añadir que había recibido la Insignia de Oro del Partido y el anillo de la Calavera, condecoraciones que avalaban su identificación y lealtad con el nazismo. Por tanto, nos encontramos con un militante fiel, activo, convencido de sus ideas y que habría quedado en el anonimato, como otros muchos nazis, de no ser por la investigación que hizo su propio nieto. No debemos de olvidar que una de las consecuencias negativas de la Guerra Fría consistió en frenar los procesos judiciales iniciados en Nuremberg y Dachau, y que desde comienzos de la década de los cincuenta sucesivas amnistías facilitaron la «normalización de la vida» de los alemanes que habían pertenecido al partido nazi, algunos de los cuales colaboraron con los Servicios de Inteligencia creados por los occidentales ante la «amenaza comunista».

La curiosidad del nieto le condujo a una investigación rigurosa que duró cinco años, en la que puso de manifiesto cómo casi toda una generación de alemanes, la denominada «generación incondicional» por Michael Wildt, nacida durante la primera década del siglo XX y marcada por la derrota en